

CARTA ABIERTA DESDE SOMERSVILLE

POR

ARMONÍA SOMERS

Existe en un lugar remoto para quienes me leen un chalet llamado *Somersville*, al menos así lo dice la muestra de hierro que gime cuando el viento la bate (qué bello lugar común) y edificado en tanto "Dios andaba sobre la tierra", con lo que me refiero a que sólo en viejos tiempos hubiera podido construirse. Hoy sería un capricho burgués, línea en la que no puedo inscribirme, buscar un arenal fijado con pinos nuevos para levantar una casa en plena soledad. Los pinos crecieron, la soledad se hizo de a poco y solapadamente relativa en esta zona llamada Costa de Oro del Uruguay. Sobreviven, sí, algunas cosas insobornables: los senderos sinuosos del trazado original, ausencia de alumbrado público con excepción de alguna luz a gas de mercurio que los nuevos habitantes medrosos han instalado en sus jardines, agua de la napa natural, por suerte no ultrajada en cañería como en la ciudad.

La casa desde donde escribo, pues, estas líneas en cierto modo reivindicatorias, está muy avanzada sobre la costa, y un rumor digamos marino por no agraviar al Río de la Plata que es nuestro mar, la circunda. Allí, cuidando de los fantasmas según digo siempre cuando me preguntan sobre mi principal obligación, paso la mayor parte del año. En las épocas de Rodolfo Henestrosa, mi hoy fallecido esposo, la hospitalaria casa empezaba a vibrar desde tempranas horas con la preparación de aromáticos desayunos, hasta el momento de las más exóticas combinaciones culinarias del almuerzo. Hoy día menos olores incitantes, silencio sobre las ruidosas carcajadas del anecdotario ritual, no el mío, precisamente, que no sé contar nada por vía oral, desquitándome más o menos de dicho déficit cuando lo hago por escrito, y eso tampoco lo podría asegurar. Pero la nueva atmósfera de *Somersville* sigue invitando a otras lides, por ejemplo la de pelear con las hirsutas ideas hasta ordenarlas medianamente.

La novela *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* fue escrita aquí en las buenas épocas. Hoy quedan como testimonio de entonces ciertas reliquias que no me atrevo a tocar, por ejemplo: un enorme baúl pirata donde, muy amorosamente, alguien fue coleccionando y aún no sé para qué, los borradores de todas mis obras; una enorme rueda de carreta quizás de la época colonial;

cuadros originales preferentemente folklóricos donde predomina el tema “negro y tamboril”; el medio margaritón de hierro perteneciente a la puerta del cuento “La puerta violentada” y que se rescató milagrosamente cuando la casa a que pertenecía en la realidad estaba siendo demolida. Y además lo de siempre para los buscadores de tesoros sin valor, aquel encanto de Neruda, las cosas extrañas que dejan las mareas al retirarse y que son recogidas con devoción cuando no se tienen minas de oro, pozos de petróleo o algo más.

Es en tal clima entre real e irreal donde vivo sin mucha seguridad de estarlo haciendo, hasta los meses más rigurosos en que vuelvo a mi torre de la ciudad de Montevideo, que es otra historia, y donde por suerte también estoy rodeada de mar.

Pertenezco al signo de Libra, y digo esto porque asimismo se me somete a ese examen astrológico que quizás tenga algo que ver en parte con lo que voy a decirles.

Y bien: lo que nunca falla, lo que siempre se me ha preguntado, mi inclinación a no excluir el sexo de mis ficciones. Hoy lo contesto de por junto la primera y quizás última vez, ya que mucho tiempo no queda. Nacemos con algunas vocaciones contradictorias, una, la de vivir, vaya y pase. Pero qué estupidez dejarse agarrar para morir, y a veces hasta tener ganas de adelantar las cosas, y quién sabrá para caer luego en qué. Nuestro Borges creía en la muerte absoluta, feliz de él. Yo pienso más bien en el remolino que se llevara al profeta Elías, pero ya sin identidad, o la consagración del horror.

¿Por qué el sexo como una “constante” en mi narrativa?

Primeramente por lo que muchos fingen ignorar, aun en su carácter de evidencia, que el sexo está en la literatura pero también fuera de la literatura. Y en cuanto a que sea una constante en mis textos, también algo opinable. Figurando la muerte, la locura y la angustia metafísica, según dicen, entre los componentes repetitivos, creo que al otro le correspondería, si acaso, una entrada natural. Y siempre pensé, desde mis primeros encontronazos con el sector pacato —me refiero a la novela *La mujer desnuda* aparecida allá por los años 50— que el sexo se degrada en el regodeo a que es sometido por la pornografía, y también en el escenario de la literatura vulgarmente descriptiva como fin en sí. Pero que puede dignificarse en un tratamiento de fidelidad al Eros propiamente dicho, el que nunca estuvo detrás de una palabra peyorativa, sino de un símbolo universalmente consagrado como químicamente puro en cuanto al amor.

¿Por qué nunca me defendí públicamente en esta área crítica?

No, nunca me defendí ni me retracté a voz en cuello, y tal actitud pasiva porque creo que es la que corresponde en las convicciones. Y en un tiempo hasta juzgué como una debilidad de D. H. Lawrence el haberlo hecho en aquel libro, *La defensa de Lady Chatterley*, aunque él habrá tenido sus razones. Personalmente creo que el que pueda aceptarnos en versión completa de nuestras fórmulas que lo haga, y el que no es algo que no debe inquietar. Pero

en mi fuero íntimo suelo tildar de sospechables tanto a los manipuladores efectistas del erotismo popular —cine y revistas grotescamente eróticos— como a aquéllos que se prevalecen de la ética para objetar lo que ellos mismos practican a puerta cerrada o a ojos vistas. Con la diferencia de que el poeta, el novelista de determinado nivel, al componer una situación sexual agregan a la realidad elementos mágicos conseguidos en el oficio de la palabra iluminada que no siempre son patrimonio del comportamiento secreto de los sexos. Fácil resulta imaginar qué hubiera sido la anécdota de *Lolita* de Nabokov en manos de cualquiera. Y entonces suele suceder que la crítica del “pelo de la dehesa” experimente un síndrome de ineficacia en la medida de lo estético. Pero éste es un problema de otra índole, no sé cómo podría llamarse en psicología a un complejo de chatura en la semántica sexual, o a lo contrario, esa chatura sin el complejo, lo que es aún peor.

¿Sensación de heroísmo al desafiar?

No creo que de heroísmo, pero sí cierto satisfactorio desplante de irreverencia ante los mitos en la literatura provocativa. Y pienso que si de un incendio saliera un pájaro envuelto en llamas, como vi en una ocasión propagarse el fuego en este lugar boscoso, y para cazar el ejemplar y tratar de salvarlo hubiera que quemarse con él, eso sería lo que el escritor con agallas intentase, inmolarse por un tema espectacular, sexistas y antisexistas aparte. Y tantas veces sucede que se produzca el holocausto sin que nadie lo vea más allá de las “buenas conciencias”, cuando en realidad lo que se ha hecho ha sido poner a pulsar a dos opuestos de la misma fuerza, la verdad transparente y la encubierta hipocresía, pero con más adeptos de esta última. Lo intenté en aquella obra inicial y hasta hoy no sé si lo conseguí o no. Pero cuando la veo citar en estudios críticos o en simples evocaciones de lectores fieles de la década, pienso que me atreví con aquel pájaro de fuego, quedando ambos, a pesar de todo, vivos.

El abismo de cada cual

Es claro que se da también eso, la posibilidad de descubrir lo siniestro, lo terrible del sexo como reversión atávica hacia la bestialidad de los orígenes. Y tampoco se lo comprende, o más bien se rechaza por vicios de hiperestesia mal que mal disimulada con los taparrabos de la moral convencional mientras otros se arrancan las entrañas creando. Y así, cuando Andreiev escribe el espeluznante cuento “El abismo” (Biezdna), la joven virginal que atravesando un lugar solitario con su novio estudiante es violada por un grupo de forajidos, siendo finalmente poseída por su muchacho que, luego de salir del foso adonde lo han arrojado, empieza a reanimarla con caricias, está alumbrando con dolores de parto la propia imagen ancestral. Y eso no es, no puede ser considerado como un insulto a la condición humana por la vectora literatura, sino como un sufrimiento, un acto de compasión y autocompasión simultáneos. Somos así, se trata del abismo de cada cual y paciencia para reconocerlo. Lo que ocurre es que, aunque en superficie, algunos nos hemos civilizado, y gracias, civilización, por mantenernos a raya. Aunque aquí más valdría poner un cierre al tema, pues

extenderse lleva a campos minados. Yo creo que el ser humano de categoría abismal es un caníbal de sí mismo y los demás, pese a la maravilla del mundo adonde fuera puesto con las mejores intenciones de un Gran Dios o de la Gran Casualidad.

¿Traslado a la obra de la modalidad erótica del autor?

En mi opinión no sólo la erótica, todas las demás modalidades se traspasan a la obra, y no únicamente la del escritor, también hasta la del pintor cuando elige sus colores. Y esto no quiere decir absoluta autobiografía ni autorretrato en ambos casos, simplemente que se escribe y se pinta con las manos manchadas de la propia sangre, la del cuerpo manando de la oreja de Van Gogh, la del alma, que debe tener la suya. Algunos, valientes hasta la médula, el caso del autor de *Los trópicos*, *La crucifixión rosada*, *Sexus* (hay que haber sido Henry Miller, un viento huracanado barriendo tabúes, haciendo una limpieza general del mundo mediante la *verdad verdadera*), lo han confesado abiertamente como quien dijese: Sí, ése soy yo, ésas son mis andanzas. Tanto es así que frente al juicio en Oslo motivado por su libro *Sexus*, termina de este modo la famosa carta del 27 de febrero de 1959 al abogado Trigve Hirsch:

Pero lo que este libro, *Sexus*, ofrece al lector noruego no es algo malo ni venenoso. Es una dosis de vida que yo mismo me administré primeramente, y de la que no sólo sobreviví, sino que con ella prosperé [...] Algo podría decir en su favor sin ruborizarme: comparado con la bomba atómica, está lleno de cualidades donadoras de vida.¹

En otro plano ya no defensivo, sino de simple tono coloquial en una larga entrevista realizada en su casa de campo de Saignon, nuestro muy latino Julio Cortázar confiesa el trasiego al ámbito creativo de su temperamento de agresión sexual.²

A todas éstas quedaría por clarificar mi humilde caso: no he temido al sexo en la literatura, más bien he tratado de dominarlo poéticamente al tiempo de no privarlo de su realidad esencial. Y en suma: no he escrito aún la novela o el cuento francamente eróticos por considerarlos, en lo literario, un desafío para el cual no me ha llegado la maestría final. O por ir demorando inconscientemente mi ejecución, eso no lo sé muy bien. Pero entendiéndose que he planteado las dificultades literarias, no las presiones moralmente impuestas. En lo moral, por lo aleatorias de sus consejas hoy medievales, me complace inquietar, desacomodar a la estulticia humana. O sea que en literatura tengo mis propias reglas perfeccionistas, y en *ultima ratio regum*, perversas. Y por ello mil perdones.

¹ Lawrence Durell, Transcripción de la obra *Lectura de Henry Miller, Antología e introducción*. (Barcelona: Editorial Plaza y Janés), 1984.

² Evelyn Picon Garfield, *Cortázar por Cortázar*, editado por el Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias (México: Universidad Veracruzana, 1978).

¿Pero cómo responder ahora a la pregunta personal? Difícil compromiso cuando no se es un calificado vocero de uno mismo. Esto tendrían que decirlo los que me amaron y leyeron a un tiempo, pero sus bocas están hoy selladas a perpetuidad. Sólo queda el recurso de la adivinación a través de lo escrito. Dejo esa tarea a los demás si llego a tener acceso a un futuro que no me borre de sus registros. La obra es la "caja negra" del escritor, dije en cierta ocasión y vuelvo a reiterarlo. Leed y os responderé. Pero nunca al tanteo, sino, si podéis, tirando a fondo. Vi cierta vez, hojeando una revista argentina de cuyo nombre yo tampoco quisiera acordarme como del lugar de La Mancha, y hablando de las editoriales latinoamericanas y sus méritos, esta noticia sensacional: "Arca, haber descubierto el genio de Felisberto Hernández y las obsesiones eróticas de Armonía Somers". Quedé como la mujer de Lot al mirar hacia atrás. Las obsesiones provienen, en general, de las represiones. Y este dato, sí, puedo adelantar: me catalogo como un ser normalmente ubicable en la línea de lo pasional.

La violación: si me atrae el tema

No me atrae, lo rechazo con repugnancia y rebeldía como a todo lo que sea abuso de la fuerza ante la inferioridad física, el niño y la mujer. Pero lo frecuente porque existe y se impone muchas veces a la necesidad creativa. Y aquí cabrían algunas precisiones. En uno de mis primeros cuentos titulado "El despojo" hubo, sí, una violación consuetudinaria, pero de esas que nadie ve ni juzga, la de la mujer casada por el marido, un granjero brutal y sucio, el caso típico del erotismo sin amor, "ese infierno tan temido" del que mejor no hablar. Pero no la hubo con una adolescente que el otro personaje, huyendo de la granja, consuma por el camino. La joven era virgen, pero aceptó con complacencia el hecho de la desfloración, aunque perdiendo el sentido, y máximo cuando el protagonista, completamente simbólico, representa al amor en su constante trashumancia. De modo, pues, que frente a la primera violación citada, esta última no es sino la mera iniciación en un trasiego voluptuoso mutuo que invita a tergiversar los hechos en las mentes no receptivas de la intención del autor. Fue, sí, real en la novela *Un retrato para Dickens* la de una niña en el desván de una casa de inquilinato cuando vuelve de sepultar a su madre, pero a través de un loco que habita allí y se ha visto libre del elemento de contención, lo que justifica el horror. Y no hubo tal violación en el cuento "El hombre del túnel", aunque tantas veces se lo haya tomado para ejemplificar por vicios interpretativos. Pero que se me permita agregar mi teoría a las tantas que circulan por ahí sobre esta aberración: el violador contumaz o simplemente ocasional es un impotente sexual que sólo puede exitarse con la violencia, con el aquí domino yo, lo otro, débil, es una simple presa. Y en este caso no creo en la psicoterapia y otras vistosas técnicas. Me detengo a la puerta de entrada de los derechos humanos y sólo admito la inhabilitación sexual, o lisa y llanamente la emasculación. Hay que limpiar al mundo de monstruos como lo están intentando en algún país con la investigación genética prenatal.

El cuento "El derrumbamiento", otro condenado

También al relato "El derrumbamiento", o como lo ha llamado poéticamente una crítica portorriqueña, "La rebelión de la flor",³ le tocó lo suyo en materia de entenebrecer la cristalina aparición del sexo en su más inocente fluir, y hubiera sido interesante coleccionar el muestrario anecdótico que se forjó a su alrededor. Confieso que en este cuento, el primero que escribí en mi vida, entré en un terreno algo irritante, no tanto para el dogma, que hasta llego a aceptarlo a alto nivel, sino en cuanto a las mentes oscuras sólo funcionales para un mínimo vital. Y fue nada menos que la confrontación entre un hombre negro que acaba de matar a un blanco y la Inmaculada que desciende desde el rincón de un refugio miserable de antisociales y decide humanizarse, para vengar a su hijo, ante el humilde durmiente en el suelo. El clima es, sin duda, de pesadilla, porque en realidad el negro está muriendo de la neumonía que ha pescado en un día de lluvia huyendo de la justicia, lo que me sirvió para muchas secuencias de dar credibilidad a lo increíble. Pero todo lo que sucede esa noche hasta el insólito final, incluso la sangre incendiándose al negro mientras la Virgen derrite su cara bajo las caricias que ella misma le implora, no hizo sino reafirmar la condición mariana. Y allí el sexo fue puesto en su lugar, sólo como deseo en el hombre, sólo como dulce negativa en la mujer que tiene otros planes. Pero no ocurrió nada, sencillamente porque un autor que se instala dentro del personaje debe saber que el negro, aun sin haber renunciado por completo a sus raíces paganas, conlleva una religiosidad cristiana impuesta muy especial. Y debido a ello todo fue allí dirigido de hecho y sacralizado por la voluntad de la Virgen y no bajo la pulsión del hombre carnal. Pero lo cierto es que puede ser muy difícil sobrevivir literariamente con pecados que la gente inventa porque están adentro suyo. Y muchos lectores de este cuento me han confesado que esperaban una consumación del acto sexual, ya que ellos lo deseaban así.

"De miedo en miedo": el sexo como sufrimiento

Lo que ocurre en *De miedo en miedo*, quizá la novela más realista que he producido, pues se nutre de la casi psicoanalítica expurgación de una conciencia masculina, es que yo me he inscripto en una especie de teoría *sui generis*: andamos renqueando en esta vida porque cada cual usa el zapato que debió calzarse otro, o la descoincidencia amorosa como desgracia generalizada. Y en esa descoincidencia el sexo lleva la peor parte, ya que aunque no lo parezca así la entrega es distinta en cada caso individual, tiene un ritual diferente, especie de maldición o bendición privativa del ser humano. Los animales, en cambio, aman de la misma manera en sus pequeños y grandes paraísos sexuales: las cucarachas de la cocina siempre al borde del riesgo de nuestro pie, las fieras del bosque, las aves del cielo, los inefables pingüinos, son rutinarios en el amor. Y

³ Lilia Dapaz Strout, "La rebelión de la flor: la metamorfosis de un ícono en 'El derrumbamiento'". Puerto Rico, *Revista Atenea* 12, año V, 3ª época (enero-diciembre, 1985).

salvo el caso de alguna Viuda Negra que se fagocita al macho culminando el festín, deben ser felices. Sólo el hombre sufre a causa del sexo a pesar de buscarlo como dicha. Y quizás deba ser así toda vez que sexo y vida vienen juntos desde el propio Génesis. "Puede decirse del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte," afirma Georges Bataille.⁴ Y luego de esto parecería que no hubiera nada más que agregar, incluso la aceptación del sufrimiento amoroso universal.

También en el cuento "Jezabel ..." que durante treinta años me negara a mí misma publicar dadas sus duras connotaciones que lastimaran a alguien en especial,⁵ el personaje arquetípico encarnará en tres alucinantes momentos sendos modelos de terror en cuanto al erotismo humano: el asesinato de un joven y bellísimo pederasta que se le ofrece con un simbólico ruego más allá de las fronteras de lo común, la eliminación mental de una amante en flor, y todo ello para culminar en la cohabitación, al tiempo que la vida lo permita, con una mujer en el último estadio del cáncer de matriz. O lo que yo llamo el drama del hombre como animal erótico diversificado e incomprensible. Y digo drama porque casi nunca se lo ve así, más bien se piensa en el goce como gratificación, y en casos de religiosa ortodoxia en la reproducción como meta divina. Pero casi nunca como la prisión a vida entera en el sexo tal una cámara de torturas en cuya puerta podría repetirse la advertencia del Dante. Y si no se lo cree por su aparente desmesura, acúdase a los archivos del crimen pasional, del suicidio por amores frustrados que casi nunca son simplemente platónicos. Casi todo lo cual, pues, intento demostrar que no puede subestimarse un componente literario sin pensar en su punzante realidad vital. Sería como ver al cirujano sin el bisturí, al cosmonauta sin oxígeno, a Dios sin imaginación.

El placer solitario, oh pecado mortal

También han dicho que hago su apología, aunque sea a través de adolescentes como una pincelada de gracia, la niña que muerde las uvas del viñedo acostada boca arriba en el suelo, mientras oye cantar a las chicharras y descubre un latido que hasta ese momento había permanecido agazapado en su cuerpo, novela *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*. Y alguna vez esa pincelada será de aparente exceso como en el caso del joven mongoloide del Sanatorio en la misma novela, que aprende a conseguir lo suyo maniatado y con los pies sujetos a la cama. Pero episodio diario casi de rigor que yo rescaté de la realidad y coloqué conscientemente en la trama como el único signo vital en un infierno de agonía y de muerte como aquél. Y aunque sin haberlo extendido, según mi memoria, a adultos, los que tienen otros canales más apropiados, o porque nunca se me presentara la exigencia narrativa (sí, en el cuento "La puerta violentada", se dio), yo creo que esa la tan mal vista autocomplacencia podría configurar para

⁴ Georges Bataille, *El erotismo* (Barcelona: Ediciones Tusquets, 1979).

⁵ Cuento finalmente editado por Linardi y Risso en la *Antología personal* (Montevideo, 1988) (N. del A.).

los mismos una operación tan normal como el fluir del pensamiento en otras instancias de la soledad. La angustia existencial posee una realidad atípica, y el encuentro de cada cual consigo mismo, cuando no destruye a los demás como en el acto de arrojar una bomba o en el de la violación, es algo privativo del ser, ninguna ley moral masiva puede comprenderlo en su espectro. Apenas si podríamos decir: una operación sin grandeza. Pero la grandeza que así se negara entre los muros de un monasterio, de una cárcel, de un campo de concentración, nos volvería la cara como a jueces malditos. Mejor no entrar en estos laberintos de la razón o la sinrazón.

La homosexualidad, ¿y qué?

¿Hubo o no hubo homosexualidad confesa o inconfesa en "Réquiem por Goyo Ribera", toda vez que una amistad entrañable entre hombres puede configurar una manifestación homosexual sublimada? ¿Fue o no un índice puro de lesbianismo el encuentro de las dos mujeres en "La inmigrante" si las presenté un poco a lo Pierre Louÿs, y en ambas por razones diferentes, como defendiéndose del hombre? Estas dudas no las traslado, sin embargo, al bello esposo de la protagonista Encarnación en *Viaje al corazón del día*, evidentemente bisexual, ya que procreó. Pero en un día lejano su propio nieto, excepcional ejemplar de inteligencia y la objetividad que la acompaña, examinando fotografías del abuelo ya muerto, su Cuaderno de Bitácora, y hasta "conversando" de hombre a hombre con él, encuentra que lo que allí ha habido es un caso de fatalidad en la seducción:

vine a saber que eran los demás quienes quedaban enajenados de su sexo ante él. La perdición provenía de su atractivo, cierto, pero él no llevaba ese timón como el de la nave, los de afuera se debilitaban en su presencia como le habrá ocurrido a mi abuela para que naciera mi madre de aquel supuesto milagro.

Pero con todo lo que es de rechazable la prostitución homosexual, el proselitismo se me aparece como una variación sexual, y además con la valentía de lanzarse a contramano nada menos que en la autopista biológica donde los otros conductores siguen la flecha. Aunque yo me pregunto aún, cuántos sin registrar quisieran alguna vez hacer el carrousel ... También creo que ya sea consumada como mantenida *so capa* por algún tipo de presión interior o exterior, ese modelo de conducta constituye un universo a media luz que no debe ser encandilado desde otros sistemas. Sin embargo en literatura desestimo al autor que hace gala de su problema para apostar al escándalo si éste es prescindible, no así para mostrar la herida abierta si se trata de un genio sufriente. Es decir que uno podría morir sin haber leído *El exiliado de Capri* de Peyrefitte, pero no es humano vivir tranquilos sin tener compartido el *De profundis* de Wilde. Porque hay también categorías en la homosexualidad expuesta literariamente: lo de Capri una temática bien manejada por un artífice; lo de la *Epistola* un desgarramiento sin parangón.

Lo obsceno, lo escatológico

Sí, le suelo conceder un lugar a lo obsceno en el discurso narrativo cuando quien habla no es el autor —ese molesto abejorro del cuento, la novela— sino el ente protagónico, a menos que se escriba en primera persona, y entonces el creador deba asumir el temperamento del otro. En uno y otro caso, creo que al personaje X que está funcionando de acuerdo a un patrón no se le puede endilgar el parlamento de un académico si es un marginado social o viceversa. Como tampoco a una salvacionista, porque no se ha escuchado su prédica, el vocabulario de una trotacalles. Pero algo distinto es, tanto en la ficción como en algunos estudios sistemáticos sobre el tema, superponer lo erótico a lo escatológico como si no pudieran existir el uno sin el otro. Y con esto no hago referencia a llamar a ciertas cosas por su nombre corriente, en lo que puede radicar la gracia o el picor excitante en la intimidad del amor, caso nuevamente de D. H. Lawrence y su novela cumbre. Me refiero al ingrediente repulsivo como inevitable referencia literaria, lo que nada tiene que ver con el trance amoroso en su pristina esencia. Traer a cuento ciertas prácticas o ciertas apologías en la descriptiva literaria del amor es como disfrazar de erotismo algunas formas obsesivas de la coprofagia. Esto sólo y únicamente que el argumento lo exija sin otra salida. Por mi parte aún no me ha sido requerido, aunque no lo descarto como posibilidad, o sea el diván del analista donde algunas modalidades paroxísticas del erotismo, lindantes casi con la drogadicción, se liberan como patología. Pero en tanto esto se repita demasiado, autores ligados al tema, creo que el diván debería ser para ellos, no para sus indefensos protagonistas ni sus castigados lectores. En un avatar excepcional, pues, dejo que mis criaturas se asuman como puedan, yo sólo les transmito el soplo vital. Y eso es así toda vez que se conciba a la narrativa como una representación de algo que subyace a lo narrado y al propio narrador, o que está por debajo ya que nació primero. El hombre de las cavernas debió narrar al grupo lo que le había ocurrido fuera, y a cuántos milenios estaba de lo nuestro, esto que llamamos literatura con un tono de amos de exclusividad.

Sobre si todo está motivado sexualmente, pregunta absurda que también se suele soportar.

Yo creo que ni el mismo Freud redivivo lo constataría ya afirmativa y categóricamente. Luego de enajenar al sexo de su carácter de tabú y como responsable de las neurosis, empezó a derivar hacia otros aposentos del aparato psíquico, el ego, por ejemplo, que informa casi toda la parte final de su obra. Opino que el sexo no es el eje de rotación, aunque sí buena parte del impulso rotativo, y por eso no lo eludo en mis ficciones. Pero que al fin, potenciada eróticamente como lo está, quiera o no quiera admitírselo, la condición humana exige cosas extrasexuales que van cobrando primeros planos en la mente según la perspectiva o conformación moral de cada cual en relación con la "Amenaza", entre difuso pero seguro. "Raramente vencemos al enemigo, sea cual sea el difraz bajo el que se presenta," dice el mismo Miller como un paranoico lúcido

en la mencionada carta a Trigve Hirsch. Pero lo ha explicitado antes con todos sus nombres, aunque omitiendo algunos que advinieran después. “Ya sea [...] o lo que sea, siempre hemos de estar en lucha”. Y eso muchas veces impele a una desmemoria respecto al Eros, agrego yo por mi cuenta, aun sabiéndose que está y estará siempre ocupando su excelso lugar.

Lo amoroso frente a lo erótico sin amor. Los sobrevivientes del nunca jamás.

Intenté aprisionar el Eros amoroso en la *nouvelle Viaje al corazón del día*, quizás con el subconsciente invadido por aquel desafío de Emilio Zola cuando, al escribir *El ensueño*, novela que escapaba del marco de su realismo, rescatara la versatilidad temática y estilística como un compromiso ante sí y su tiempo. Y al referirme al Eros amoroso me siento libre del pleonasma, ya que su opuesto es una evidencia que nos acorrala desde todos los ángulos. Pero no privativa de nuestro tiempo, por cierto. Según Denis de Rougemont, la antigüedad grecolatina no conoció el amor, sino y sólo la sexualidad. Los trovadores de la Edad Media y el Romanticismo nos lo legaron.⁶ Pero el hecho de que exista o persista el simple ejercicio fisiológico del Eros, remite una vez más a la reflexión sobre el patético desenlace. Un señor de ochenta años, me cuenta un joven vendedor de libros, entra periódicamente a la librería y, con mirada cómplice, pide “un librito o una revistita de ésas que hay por ahí”. Y luego se va a una plaza, lee fuera del foco de la curiosidad familiar y cuando se hartó de reminiscencias vuelve a su casa tranquilo. Pero está también el otro, aquél para quien rondar por lo pornográfico no es ya una terapia, sino, y si lo intentare, un suplicio más llamado al recuerdo de lo sexual, o el del millonario venido a mendigo, pero con la memoria despierta. Traté de describirlo en una de las varias instancias simultáneas del cuento “Saliva del paraíso”, de mis primeras épocas. Y de ahí que yo piense que, sin haber tenido que defenderme en ningún juicio, ese pecado recurrente de que se habla, en este caso tomar a un sobreviviente del amor arrojado a la fosa común de la impotencia sexual por senectud, es la forma personal de administrar misericordia, piedad por comprensión.

Si los fantasmas de que cuidó aquí son sexuales o no, pregunta diabólica de un huésped infernal.

Ostentaba, sí, la cara con que uno se prefigura a Satanás. Y el resplandor del fuego de la chimenea le hacía aparecer como más cercano aún a sus ancestros.

Y bien, iríamos por partes, digo ahora. Cuidar de los fantasmas de una casa entre los árboles podría constituir una respuesta para el cuestionario de un censo. Pero el caso es que aquello que ha sido llamado con más propiedad el *doble étérico*, siempre me ha preocupado porque lo siento como evidencia. Su aparición en las conversaciones que evocan al antiguo ser carnal, en los sueños benevolentes o el gran imperio de la pesadilla, en los sabores de las comidas de su invención, trasunta una inquietud especial, un no querer estos seres

⁶ Denis de Rougemont, *El amor y Occidente* (Barcelona: Ediciones Kairos, 1979).

inasibles permanecer inadvertidos donde quiera que estén, un anhelo, casi con identidad real, de participar en la vida desde la cual fueron lanzados sus cuerpos. El ruido del mar o el de los árboles escamotea lo que quizás se podría escuchar. Y es curioso que uno tienda a cerrar la ventana cuando se golpea con el viento cuando lo que se estará haciendo sea enmudecer un lenguaje singular para el que nuestros oídos no son el receptor adecuado.

Pero los pájaros cantan por ahí sin aparentes problemas, aunque se opina que el que lo hace es el macho para delimitar su territorio frente a los demás del género. Y es hora, digo, de que algún cocinero vocacional decida qué se va a almorzar en esta casa. Si se necesita fuego puede quemarse todo menos las veintisiete plumas de ese vaso-trofeo, tienen significado oculto. Tampoco las otras tres, muy blancas, de gaviotín que lucen en el sombrero de niña encontrado en la playa y que pasó a llamarse el de Elvira Madigan, tan asociada a Wolfgang Mozart por el creador de la película. O mejor no quemar nada, sólo los árboles que se van secando son una cuestión entre ellos y el hachero que me provee sin salir de mis límites. Creo que a través de un árbol seco transformado en llama se da también una consumación del Eros vegetal.

